

Soledad y zapatos



Un cuento de amores imposibles,
visto desde el suelo

Liliana López Levi

Facultad de Filosofía y Letras



Abro la caja metálica. Embarro un trozo de tela con la grasa y recorro el cuero de los zapatos donde se han acumulado los raspones de la vida. Después le paso el cepillo y termino haciéndolo rechinar con un trapo para ocultar las imperfecciones de mi persona.

Más tarde salgo de mi casa vacía. Solo pero acompañado de mis botas mineras con suela de llanta, ajustadas por unas agujetas que suben más allá del tobillo.

Llueve. Espero encontrarte pronto. Arrastro mis zapatos favoritos por la calle y mientras paseo, imagino la humedad del ambiente posándose sobre tu cuerpo.

Doy pasos firmes sin evitar los charcos donde se hunde el lustre de la mañana. Las gotas de agua resbalan de mis mineras. Recuerdo la compañía de tus botines secándose junto a los míos en una fogata del pasado, y siento que me aprietan las entrañas.

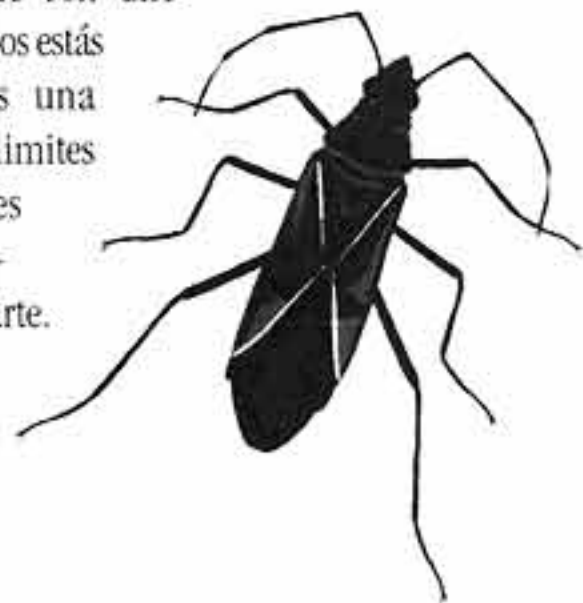
Llego al lugar indicado. Entre el caminar desordenado de la gente que busca cobijo te descubro avanzando hacia mí. Admiro el color de tu piel, su suavidad y el porte de tu andar. Me estremece la idea de tocarte. Te quejas

porque la lluvia va a estropear tu calzado elegante y fino. Entonces, nos refugiarnos bajo un tejado. El frío me cala los pies. Desearía que te quitaras los tacones y me cubrieras los tobillos con tu desnudez, pero a ti te parece ridículo, y me propones que mejor nos acerquemos al calor de un establecimiento y aumentemos la temperatura de nuestra sangre con un poco de vino.

No me gusta la idea de perder la humedad que hemos conseguido en la intemperie citadina. La tarde es suficiente cobijo y la neblina nos oculta de los demás. El agua ha borrado nuestras huellas en el pavimento y no hay quien nos pueda encontrar.

Mueves negativamente los pies. No vas a estropear tu calzado por jugar a los adolescentes. Te das la vuelta, y la idea de perderte me hace ceder. Entramos al café, yo arrastro conmigo la humedad que, según tú, se quedó afuera.

Tus zapatos son diferentes. Siempre los estás cambiando. Es una desgracia que limites las situaciones en las que pueden acompañarte. Los veo, no puedo



preguntarles qué saben de ti. Han de ser nuevos, dedicados exclusivamente a los cafés, y no saben cómo actúas en otros terrenos.

Mientras reflexiono, tú observas mis botas. Quisieras saber si han dejado huellas en la playa o si han ido a refugiarse bajo algún techo con otros amores. Pero no dices nada, en lugar de ello, ambos permanecemos silenciosos.

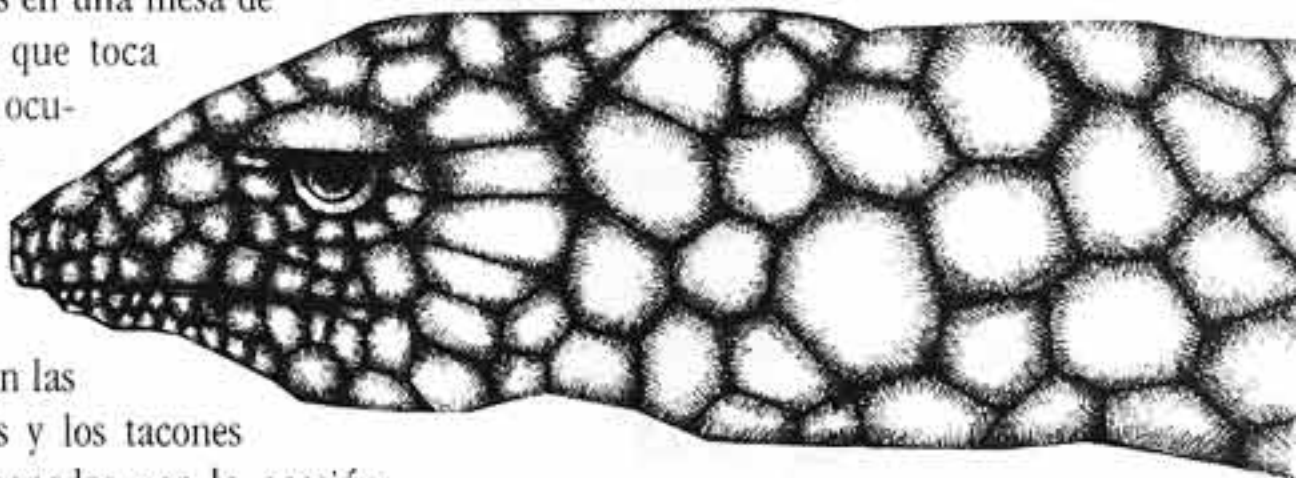
Te sientas en una mesa de mantel largo que toca el piso y deja oculto un espacio entre nosotros. Mis botas alegres se colocan con las puntas juntas y los tacones separados, apenas por la ocasión, ideando la forma de explorar el territorio.

Tus zapatos descansan bajo el refugio de madera. Se sienten protegidos de las inclemencias del tiempo. Esperan lo seco del vino para confortar sus tristezas. Quieren estar acompañados en estos días en que nadie tiene tiempo de escuchar, de sentarse en silencio, y dejar pasar las horas sin otro motivo que estar contigo.

Rompes el silencio con un ligero taconeo. Las botas mineras se animan a explorar y avanzan hacia las zapatillas negras.

Te menciono la idea de descubrir nuestros pies bajo el mantel que nos protege, y mi voz nerviosa te hace en-

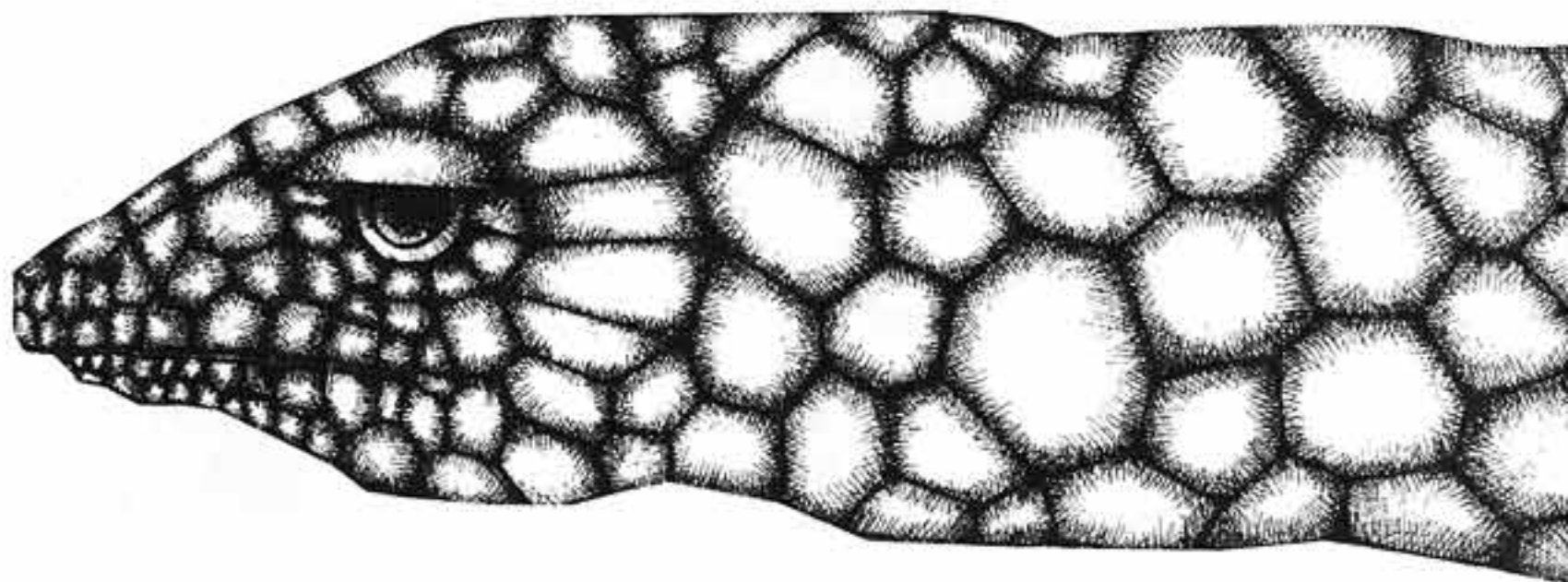
rojecer. Me hablas de tus primeros zapaticos, los dorados que están junto a la repisa en la sala, y que no tienen nada en común con los sucios y descuidados que traigo puestos. Mientras platicas, voy jugando con tu tacón, empujándolo para que se salga. Tú aprietas los dedos para sostenerlo y me das una patada cariñosa. Esperas

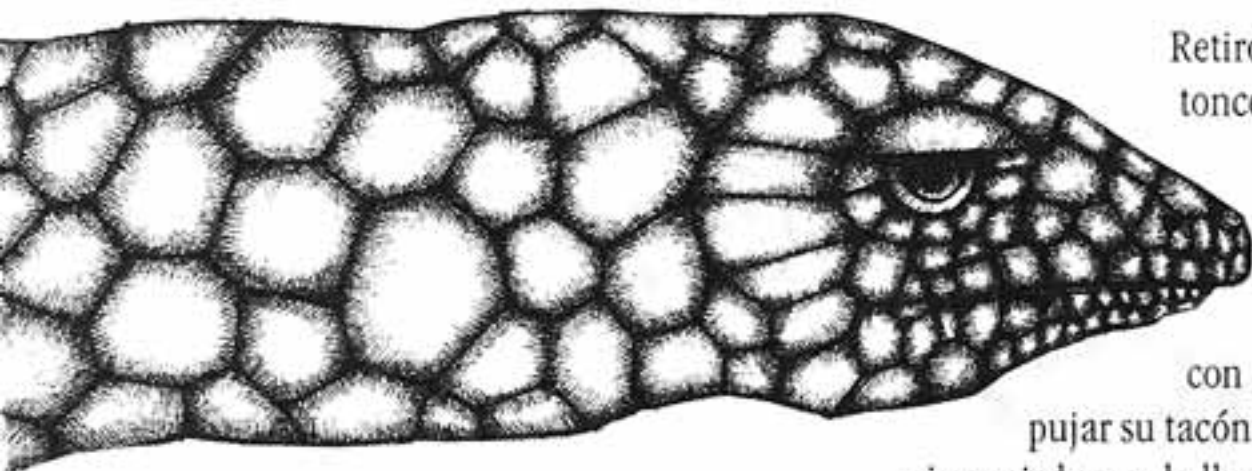


que con ello yo desista y te escuche amorosamente. Jalas tus pies hacia atrás y los escondes bajo la silla un instante. Después la soledad te obliga a volver a adelantarlos y buscar tocar los míos para saber que aún siguen esperándote, dispuestos a aceptar tus condiciones.

Tomo un sorbo de mi copa y siento el calor recorriendo mi cuerpo hasta el piso, lentamente llega a los zapatos y se mezcla con el agua de la lluvia que dejamos afuera.

Decido intentar de nuevo. Me das un taconazo y me recuerdas que hay gente alrededor. Insisto. Mueves los tobillos en círculo mostrándote impa-





Retiro mis pies. Entonces recuerdo los momentos en que no existe la posibilidad de jugar con un zapato, empujar su tacón y desnudar unos

pies mojados por la lluvia.

ciente, pero yo no puedo dejar que te vuelvas a escapar.

Me ordenas sacar los pies del refugio del mantel y te fijas en un poco de lodo que tienen en la punta. "De milagro no está agujereada la suela. ¿Por qué no compras unos nuevos?". Pero sería una locura abandonarlos si me han acompañado en mi soledad. Ellos me proporcionan el calor que tú me niegas.

Me dices que no sabes por qué te molestas en calzarte con algo atractivo si yo, lo único que quiero es quitarte los zapatos. "¿Es que no te interesa mi conversación?", "no es eso, —respondo—, lo que pasa es que tus pies son tan bellos..."

Te ríes. Yo sufro de ansiedad. ¿Cuánto tiempo más hay que esperar? No me gustan los preámbulos.

Pienso en mi casa, en el rincón donde me acurruco solo con mis botas mineras. Nadie más. No hay mocasines, ni tacones, ni zapatos tenis que nos hagan perder el tiempo en conversaciones inútiles que no llevan a ningún lado.

Me acerco de nuevo. Finalmente logro quitarte el zapato y tú, temerosa, sientes mis caricias. Tu cuerpo se estremece y te preguntas lo que sucederá después, cuando todo haya terminado. Imaginas que me levanto del café, pago la cuenta y te dejo de nuevo sola, frente al recuerdo de unas botas mineras que quieren absorber la humedad de tus zapatos. Entonces añorarás de nuevo mi compañía, mis huellas en el camino. ¿Cuántas veces no has esperado, mojando tus zapatillas con el llanto y no con la lluvia que empapa la ciudad?"

Intentas iniciar de nuevo la conversación. Otra caricia proveniente de mis toscas botas mineras te hace reaccionar. Te levantas enojada y apresuradamente te diriges a la puerta cojeando. Sales a la calle y llamas un taxi. Un auto se detiene y desapareces entre los telones de la lluvia, dejando atrás tu tacón.

Yo me quedo sentado con un pedacito tuyo junto a mí. Pero ¿qué puedo hacer yo con un zapato negro a mis pies?, si el calzado fue hecho para andar en pares ☉

